

ROSARIO ANA

NIKA

Y EL MISTERIO DE LA
MANSIÓN VILLVERDE



DESTINO

LOS MISTERIOS de NIKA

NIKA Y EL MISTERIO DE LA MANSIÓN VILLAVERDE

ROSARIO ANA

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es
www.planetadelibros.es
Editado por Editorial Planeta, S.A.

© del texto: Rosario Ana, 2023
© de las ilustraciones: Manuel Díaz, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2023
ISBN: 978-84-08-26921-2
Depósito legal: B. 3.126-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

SIN SALIDA

Nika se incorporó y miró a su alrededor.

Habían caído en una pequeña habitación con paredes de piedra. Allí no había ni puertas, ni ventanas, ni muebles, nada..., tan solo una chimenea encendida. Era como una sala de castigo. ¡Claro, eso era! ¡Un castigo!

Matías, Simón y Lucy parecían desconcertados. Miraban a todos lados sin saber qué hacer.

Nika no había tenido tiempo de reaccionar cuando la pequeña Lucy se agachó y cogió el triángulo equivocado de una de las baldosas del pasillo. Inmediatamente, el suelo se había abierto y habían caído. Ahora estaban atrapados.

¿Por qué? ¿Por qué se había empeñado en entrar en la casa? ¿Por qué siempre tenía que llegar hasta el final de todo? Ya se lo decía su padre:

«La curiosidad mató al gato». Y ese era su problema, la curiosidad sin límites. Nika no se olvidaba de un misterio hasta que lo resolvía. Bueno, menos este... Este parecía que se iba a quedar sin resolver...

¿Cómo iban a salir de allí?

Se sentó en el suelo y se cubrió la cara con las manos.

Los demás la miraron asustados. Nika siempre encontraba una solución, y verla así les provocó un escalofrío.

EL MISTERIO

Dos días antes...

Estaba oscureciendo. Era el momento en el que empezaban a pasar cosas raras en la casa. Nika observaba con los prismáticos a través de la ventana de su habitación.

La mansión era enorme, de piedra, muy antigua.

Llevaba tiempo intentando averiguar lo que sucedía allí dentro.

En el pueblo habían comenzado a correr rumores de que la casa estaba embrujada. Algunos aseguraban haber visto fantasmas en las ventanas, pero Nika no creía en nada de eso. Sabía que tenía que haber otra explicación, y ella iba a descubrirla.

De pronto, una luz se encendió en una de las ven-

tanás. Eso no sorprendería a nadie si no fuera porque la casa llevaba muchísimos años deshabitada.

Enfocó con los prismáticos. Allí estaba la extraña forma que había visto en otras ocasiones. Parecía una especie de sillón...Y, de repente, ¡el sillón se movió!

«¿Eh? No, imposible... Las cosas no se mueven solas. Habrá sido un efecto óptico», pensó.

Dirigió los prismáticos hacia la otra parte de la casa que se acababa de iluminar. Miró a la ventana y apareció una silueta. Nika dejó caer los prismáticos al suelo y pegó un grito.

En ese momento, su madre entró en la habitación.

—¿Ya estás otra vez con la casa, Nika? Es tarde, tienes que acostarte.

—Pero es que... Vale, mamá... —balbuceó nerviosa. Era mejor no decir nada de momento.

El corazón le latía con fuerza. ¿Qué era lo que había visto? ¡Tenía una cabeza enorme! Desde luego, no era una figura humana...

Cuando su madre se fue, Nika recogió los prismáticos del suelo. Se los llevó de nuevo a los ojos con miedo, pero la figura había desaparecido. La ventana volvía a estar a oscuras.

Se acostó intranquila. Estaba convencida de que



allí no había ningún fantasma ni nada similar. Ni allí ni en ningún otro sitio, porque esas cosas «NO-E-XIS-TEN», pero entonces, ¿a quién o a qué pertenecía aquella silueta monstruosa?

Al día siguiente se despertó pensativa. Fue a la cocina a desayunar y casi ni vio a su padre cuando se cruzaron por el pasillo. Su cabeza daba vueltas y vueltas a lo que había visto la noche anterior.

Su padre la siguió con la mirada, preocupado.

En el colegio, los maestros no entendían cómo Nika podía sacar tan buenas notas si siempre parecía despistada. La explicación, en realidad, era que Nika había nacido con una memoria prodigiosa. Le bastaba con mirar algo una sola vez para que ya no se le olvidara. Era como si le hiciese una foto y se le quedara guardada en el cerebro.

Además, como le gustaba mucho leer libros de detectives, había desarrollado una brillante habilidad para resolver misterios. Lo cual, por cierto, había sacado a su familia de muchos apuros. Como aquella vez que le robaron la bici a su padre. Describió con tanto detalle al hombre que había visto merodeando por el jardín que el policía encargado de realizar el retrato robot pensaba que

se lo estaba inventando. «El lunar estaba más arriba y más a la izquierda», le decía al agente, que la escuchaba boquiabierto.

—¿Por qué no llevas a Lucy a jugar por ahí? Mientras, papá y yo limpiaremos un poco, que la casa lo necesita —le sugirió su madre, empezando a sacar productos de limpieza de un armario.

—Claro —respondió Nika automáticamente sin saber muy bien lo que le había preguntado.

Lucy entró correteando. La madre vio algo raro y la paró cogiéndole la cara entre las manos.

—Pero ¿qué te ha pasado en el pelo?! —gritó moviéndole la cabeza de un lado a otro.

Lucy era la hermana pequeña de Nika, un terremoto de cuatro años que hoy lucía un minúsculo flequillo con mechones más largos por el medio.

—Me he cortado el flequillo como Nika.

—¡Ya te iba a llevar yo a la peluquería, Lucy! —le explicó intentando mantener la calma.

—Mamá, no hace falta, yo soy muy buena *peloquera*.

—A ver qué hago yo con esto ahora. Te voy a poner una gorra y ya te llevaré a la peluquería esta semana, anda —dijo sin poder evitar que se le escapara un poco la risa.

—Ay, pero si así está bien —dijo Lucy poniendo los ojos en blanco.

—Lucy, ¿vamos a ver a Simón? —preguntó Nika.

—¡Sííí! —respondió ella dando saltitos.

Simón tenía diez años, como Nika, y vivía en una casa cercana. Desde que la familia de Nika se había trasladado al pueblo, se habían hecho muy amigos.

Simón lo sabía todo sobre bichos y plantas, y eso a Lucy le encantaba. Además, era capaz de construir cualquier cosa. Una vez, había fabricado un coche con tan solo unas tablas y unas ruedas viejas. Fue increíble cuando los tres bajaron a toda velocidad por la cuesta hasta la plaza del pueblo. Lo de chocar con el puesto de frutas y tirarlas todas por el suelo ya no fue tan increíble... A día de hoy, la frutera todavía los miraba de reojo.

Caminaron hacia la casa de Simón por un sendero flanqueado por altos árboles. Desde la colina donde vivía la familia de Nika, se veía el centro del colorido pueblo y también, al fondo, el puerto pesquero y el mar.

Entonces, alguien habló desde un lado del camino:

—¡Hola, Nika! —dijo Simón, encaramado en lo alto de un árbol—. ¡Vaya pelo llevas, Lucy!

Lucy, que ya se había deshecho de la gorra, llevaba su peculiar flequillo a la vista.

—¡Me lo corté yo! —dijo orgullosa.

Simón bajó y Lucy corrió a su lado.

—Mira, Lucy, una oruga. Estaba en el árbol.

Simón abrió el puño.

Nika se acercó a mirar.

—¡Guau! Es muy verde y arrugada, como mamá —exclamó Lucy.

—¿Como mamá? —preguntó Nika frunciendo el ceño.

—Sí, mamá dijo que estaba cada vez más arrugada —les explicó sin apartar la vista del bicho.

Nika y Simón se rieron. Lucy era divertida, casi sin saberlo.

Nika y Lucy eran distintas en prácticamente todo. Nika había heredado el pelo rubio y los ojos color miel de su madre, y tenía un mundo interior muy grande, como su padre. Lucy tenía el pelo oscuro y los ojos chisposos de su padre y una energía sin límites, como su madre.

Aun siendo tan diferentes, se llevaban muy bien. A Nika le hacían gracia las travesuras y las ocurrencias de Lucy, y a Lucy le encantaba acompañar a Nika en sus investigaciones.

—¿Has averiguado algo más sobre la casa? —preguntó Simón. Nika había conseguido que estuviera tan intrigado como ella por el asunto.

Al principio, cuando ella llegó al pueblo, Simón no entendía que Nika analizase todo lo que pasaba a su alrededor, ni que viese cosas que nadie más podía ver. Como cuando descubrió quién había robado todas las figuritas de chocolate del árbol de Navidad que había en la plaza del pueblo. «Ha sido el hijo del zapatero. Mira cómo anda encogido por el empacho. Y lleva una venda en la rodilla. Seguro que se cayó cuando cogía los de arriba del todo», le había dicho mientras él la miraba desconcertado.

Pero ahora cada día con las dos hermanas era una aventura. Nika le hacía pensar más allá de lo que nunca hubiese imaginado, y su vida se había vuelto mucho más emocionante.

—Lo único nuevo es que sé que la mansión pertenece a una familia muy rica que se fue del pueblo hace muchos años. Los Villaverde. Me lo dijo ayer el pescadero. —Nika tenía miedo de poner en palabras lo que había visto, pero finalmente pensó que Simón era su amigo y tenía que decírselo—. Bueno, y vi algo en una ventana.

—¿Tú también? Algunos dicen que han visto a un hombre sin cabeza.

—No, al que yo vi no le faltaba cabeza precisamente.

—Mi madre me ha dicho mil veces que no se me ocurra acercarme a esa casa.

Nika suspiró. Todo el mundo parecía tener miedo del viejo caserón. ¿No querían saber lo que sucedía allí? No lo entendía...

—Esta caca tiene forma de helado de chocolate —dijo Lucy mirando al suelo.

Nika cogió a su hermana de la mano antes de que le diera por tocar el «helado».

—¿Vamos al pueblo, pequeñaja? —preguntó Simón levantándola en el aire.

Simón era alto para su edad, y fuerte, acostumbrado a estar por la naturaleza y a trepar a los árboles.

—¡Sííí! —dijo riendo—. ¿Y luego podemos ir a la playa?

—¡Claro!

Caminaron colina abajo hablando de la casa. Les llevó tiempo, porque Lucy paraba cada poco a coger alguna piedra, olisquear una flor o mirar un bicho.

Cuando llegaron a la calle principal, estaba abarrotada. Era sábado, y todo el mundo estaba allí. La gente de pueblos cercanos y turistas venían a comprar al mercadillo.

—En algún momento tendremos que entrar a echar un vistazo —dijo Simón.

—Es difícil con ese muro tan alto. —La propiedad estaba rodeada por una pared de piedra y las dos únicas entradas estaban cerradas con verjas—. Y, además, si alguien nos ve, nos la vamos a cargar.

Lucy iba cantando y bailando como si la calle fuese suya y la gente sonreía cuando la veían pasar.

—¡Hola, Lucy! ¿Dando un paseo? —saludó Mario, el pescadero.

—Sí, nuestra casa está muy sucia y mi madre nos ha echado.

Mario puso cara de circunstancias y Nika y Simón se echaron a reír.

—¡Pero si es verdad! —exclamó Lucy sin entender nada.

Después de dar una vuelta por el pueblo y jugar un poco en la pequeña playa cercana, volvieron a casa.

—¡Ya estamos aquí! —gritó Nika al entrar.

De camino a su habitación, abrió la puerta del

despacho de su padre. Se llevó un gran susto al ver lo que había allí montado. De un ordenador salían montones de cables desordenados.

El padre de Nika era informático y trabajaba desde casa.

Levantó la cabeza y saludó.

—¡Hola, Nika! ¿Qué tal la mañana?

—Bien, papá.

Aquello hacía un ruido rarísimo. Nika pensó que tenía pinta de explotar en cualquier momento.

—¿Qué es esto? —preguntó Nika levantando un aparato del suelo que parecía una araña gigante.

—Es un dron. Es un regalo de la empresa. Verás....

Su padre empezó a manipular una especie de mando y el aparato comenzó a volar. Lo dirigió hacia el pasillo y en la pantalla del mando vieron a Lucy deslizándose por la barandilla de la escalera.

—¡Lucy! —exclamó su padre corriendo fuera de la habitación.

—Niñas, voy a visitar a un cliente —anunció su madre saliendo de casa.

La madre de Nika y Lucy era arquitecta y se dedicaba a construir chalets para veraneantes de la zona. Era feliz en aquel tranquilo y bonito pueblo

lleno de casas antiguas. Le entusiasmaban las cosas viejas, con historia, por eso la casa estaba llena de objetos que iba encontrando en los mercadillos.

Después de comer, Nika preguntó si podía usar la *tablet* y su padre se la dejó, con la condición de que fuese solo un rato.

Nika se sentó en el sofá del salón y se apresuró a entrar en el buscador. Escribió: «familia Villaverde».

Apareció un escudo azul y amarillo con una libélula con un círculo alrededor y unos barcos. «¿Dónde he visto yo esa libélula?», pensó Nika.

Tecleó de nuevo añadiendo el nombre del pueblo «familia Villaverde Puerto Alto».

Entonces aparecieron unas imágenes de la impresionante casona.

La reconoció de inmediato. Casi parecía un castillo. Incluso tenía una torre y un gran patio interior. La finca que la rodeaba cubría gran parte de la colina.

Siguió buscando y encontró una web que daba más detalles. Leyó: «La mansión Villaverde, construida en 1600, tuvo como última propietaria a Carmen Villaverde, descendiente de la adinerada familia Villaverde».

Entonces buscó «Carmen Villaverde» y leyó: «La

mansión Villaverde permanece abandonada desde que Carmen Villaverde, nacida en 1932 en Puerto Alto, se fue a vivir a Estados Unidos en 1967 con su marido, James Morgan, y con su hija, Amelia».

No encontró nada más.

Fue hasta la cocina. Abrió la nevera, dejó la *tablet* justo encima del queso, cogió una manzana y cerró la nevera.

Lucy, que estaba pintando en la mesa de la cocina, la vio y se rio con ganas.

—¡Eso no va ahí, Nika!

Pero Nika estaba en su mundo...

Observó la mansión Villaverde por la ventana de la cocina mientras mordisqueaba la manzana.

Entonces se le ocurrió una idea y fue a hablar con su padre.

—Papá, ¿puedes dejarme un rato el dron?

—Son muy caros, Nika.

—Prometo tener cuidado, ¡¡porfi!!

—Lo siento, pero no puede ser —dijo su padre sin dejar de teclear en un ordenador.

Nika resopló. El dron era perfecto para poder ver lo que pasaba en la casa. Salió y se sentó en un banco del porche. Ya no sabía qué hacer. La investigación estaba estancada.

Se abrazó las rodillas y miró de nuevo a la casa. «Te equivocas si crees que voy a rendirme. Voy a descubrir qué es lo que ocultas», pensó.

Entonces, alguien le tocó el brazo. Se volvió y allí estaba Lucy, con el dron en la mano y una sonrisa pícara.

Nika se rio.

—Vamos a dar un paseo, Lucy, lo devolveremos antes de que papá se dé cuenta.

La mansión estaba en la montaña de enfrente, al otro lado del valle. No sabía si el dron podría llegar hasta allí, así que decidió acercarse lo máximo posible.

Caminaron colina abajo, cruzaron el pueblo y empezaron a subir la montaña hacia la mansión. Cuando llegaron a un camino cercano, Nika sacó el dron.

—A ver qué nos puede enseñar este aparato.

Nika lo encendió y practicó un poco para saber cómo dirigirlo.

—Yo también quiero jugar con el *don*, Nika —dijo Lucy.

—Se dice dron —la corrigió su hermana.

—¡Pues eso es lo que yo he dicho! —gritó ofendida.

Le dejó el mando unos minutos y se volvió a hacer con él.

Lo dirigió hacia la mansión intentando pasar por encima de los árboles. Iba mirando la pantalla hasta que distinguió los jardines que la rodeaban.

—¡Ahí está! —exclamó.

Lo llevó hasta la casa. Entonces, vio algo brillar en lo alto de la torre.

—¿Qué es eso?

Intentó acercarse más al dron, pero este chocó contra algo parecido a un tubo transparente que había en el tejado y la pantalla se puso en negro.

—¡Oh, no! Se ha caído.

—Papá se va a enfadar muuucho —dijo Lucy, que se había puesto varias flores en el pelo.

Y tenía razón, se enfadó bastante...